



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE  
ROSARIO**

*Facultad de psicología*

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Telarañas de la maternidad:  
un recorrido por el laberinto del

deseo. ENSAYO

Torres, Fatima  
Legajo: T-1029/4  
Mail: torresfatima21@gmail.com

Docente responsable: Manira

All **2024**

## **ÍNDICE:**

Agradecimientos .....	3
Resumen .....	4
Fundamentación.....	5
Introducción.....	6
El salvajismo	
materno.....7	Vértigo
materno.....8	
Distancias.....	9
El laberinto del deseo .....	10
Reflexiones	
finales.....	15
Referencias	
bibliográficas.....	17

**AGRADECIMIENTOS:**

En el contexto político actual, quiero expresar mi profundo agradecimiento a la educación pública, gratuita y de calidad de nuestro país. En especial, a mi querida Facultad de Psicología, que me permitió llegar hasta este momento brindándome no solo una formación académica, sino también el encuentro con docentes que, con generosidad, cultivaron en mí el pensamiento crítico.

También quiero agradecer a mis amigos y amigas, que acompañaron, bancaron y me ayudaron a crecer durante todos estos años. ¡Gracias!

A mis docentes del espacio TIF, Mauro y Clara, gracias por recibirme con paciencia cada vez que volví.

A mi tutora, Manira, cuya escucha atenta fue fundamental para ordenar mi ensayo, enriqueciéndolo con teoría y nutriendo cada una de mis propuestas, permitiéndome convertirlas en ideas sólidas y desarrolladas.

A Edith, por su compañía y dedicación de tiempo para alcanzar este logro. A mi querida amiga Susana, quien me motivó y estuvo siempre, incondicional, durante todos estos años. Y seguirán muchos más.

A mi mamá y papá, por causar mi deseo y acompañarme. Y a Nahuel, por su amor.

Y a Emiliana, mi analista, gracias por la espera, por acompañarme y sostenerme a lo largo del recorrido de mi deseo, y por posibilitar que creyera en mi inconsciente.

### **RESUMEN Y PALABRAS CLAVES**

Este ensayo se adentra en lo oceánico de la maternidad, explorando la figura ambivalente de la madre. Con el objetivo de comprender la vinculación madre-hijo, se indaga entre la madre y lo materno, analizando sus implicancias en la constitución del sujeto. Se investigará el deseo como articulado al deseo del Otro, enmarcado en la teoría psicoanalítica de Freud y Lacan, considerando aportes de Barros, Eidelsztein y Dufourmantelle, como autores contemporáneos. La escultura 'Maman' de Louise Bourgeois servirá como metáfora de la madre como monstruosa y conmovedora. La misma, contribuye a nuestra conclusión, que abona que es la madre quien configura los primeros lazos del sujeto, tejiendo una trama que, aunque incompleta y llena de vacíos, es fundamental en la constitución del ser hablante. La obra de arte, al poner en juego estas dinámicas a través de la figura de la araña, nos invita a repensar el deseo materno más allá de su faceta mortificante, reconociendo su potencial de ambivalencia, de destrucción, pero también de construcción, de apertura hacia un más allá del deseo.

Palabras clave: maternidad, deseo, araña, ambivalencia, laberinto.

4

## **INTRODUCCIÓN**

Muchos son los puntos de llegada para acercarse a alguna orilla de lo que supone la maternidad. Desde diferentes disciplinas se ha intentado esbozar algún borde frente a lo oceánico del vínculo con las madres. Después de todo, ¿qué sabe uno de la maternidad si no es a partir de su propia madre y de su propia experiencia? No se trata de un saber universal; por lo tanto, la transmisión sólo vale como experiencia singular. En cambio, lo que se enseña de manera epistémica se aprende y se estudia. Ya en el modo de transmitir se verifica que es algo vivido por quien lo dice, pero algo puede resonar en el cuerpo, y de allí, cada mujer inventa una maternidad posible, dentro de las circunstancias y según las herramientas con las que cuente y que se habilite a usar.

Podríamos comenzar estableciendo algunos faros para nuestra navegación sobre este tema. La maternidad podría pensarse como un encuentro real en el que la

madre se ve interpelada continuamente, no solo por los avatares que ocurren en su propio cuerpo, sino también por la relación con aquello que sale de su cuerpo: lo más propio y, a la vez, lo más ajeno. Recalcati (2018) describe la maternidad como un acontecimiento que afecta no solo al cuerpo como algo cerrado, sino también como una apertura. Ser madre no significa simplemente cultivar lo propio, sino abrirse al otro, haciendo que una madre sea para un otro. En ese acto de particularización amorosa y deseante, una madre transmite el sentimiento de vivir, se abre al cuidado y al trato con un gesto dulce para dar vida. Es importante destacar que esta referencia no es algo que ocurra automáticamente por la simple condición de ser gestante. Siempre existe una inadecuación respecto al objeto-hijo, ya que el objeto del deseo, maternal o no, no existe desde el principio. En el mejor de los casos, será algo que, si falta, se puede construir.

Podríamos representar la maternidad como un laberinto, como un lugar creado para perderse, al estilo borgeano. Al no tratarse de instintos sino del deseo, comienza una odisea en la que atravesarlo, supone transitar por lugares sinuosos, oscuros, como también luminosos, en donde una vez allí, la salida se bifurca y solo resta encontrar un modo que sirva para cada quien.

Encontrar esos modos tiene gran implicancia en el discurso de época. Actualmente, la maternidad puede ser pensada como un asunto político; “la maternidad será deseada o no será” reza el estandarte feminista, a su vez abundan los textos literarios donde se posibilitó mostrar el “lado oscuro de la maternidad”, dando lugar a que se derribe aquel destino históricamente naturalizado de la madre *todo amor* por este lado b de lo materno, como una carga insoportable. La pregunta sería cómo hacer lugar a lo particular para que no quede como destino alienante estos dos destinos opuestos ante las posibilidades maternas.

En este punto, la ética del psicoanálisis es nuestra orientación hacia lo real, como punto inasible que no tiene palabras, pero deja marcas que serán reeditadas en el acontecimiento materno. Lacan (2013) definió la ética psicoanalítica como *la ética del bien decir*, la que rige la acción que se ocupa de enriquecer los telares para que nuevas tramas y tejidos puedan dar forma a las siempre enigmáticas existencias que se tejen, una por una, con el hilo del deseo.

La irrupción de lo materno es algo traumático en la vida de quien materna, poniendo en urgencia al yo. Así, el yo de la madre se ve compelido a responder ante semejante acontecimiento, quiéralo o no, para restablecer su unidad. ¿Cuáles son las marcas que deja lo materno? ¿Con qué puede responder cada sujeto?

Finalmente están las madres, con las cuales jamás terminaremos de luchar. Porque la madre como tal es *monstruosa, excesiva, infinitamente conmovedora y aterrorizante*. La madre no es más que la sombra proyectada de nuestros terrores de infancia, la que estuvo al inicio de la vida misma, entremezclada con ella y con quien siempre estaremos en deuda, en espera, en rebeldía. El sacrificio está esencialmente relacionado con la madre como ese lazo original que tenemos que romper para entrar en lo vivo de la vida femineidad especialmente problemática que provoca en nosotros pasión y angustia (Dufourmantelle, 2022, pág. 28)

5

“La madre como tal es monstruosa, excesiva, infinitamente conmovedora y aterrorizante”. ¿Qué impacto tiene en la época representar algo monstruoso, pero infinitamente conmovedor? ¿Acaso no podría ser un modo de responder al síntoma de época, resaltar esa ambivalencia como un modo de decir de la madre?

Actualmente exhibida en el Museo Guggenheim de Bilbao, una imponente araña de casi 9 metros de altura, que lleva en su abdomen un saco con 10 huevos de mármol, se encuentra en la entrada del museo. Esta colosal escultura es obra de la artista franco estadounidense Louise Bourgeois (1911-2010), quien, influenciada por su

práctica como analizante, logró transmitir muchas de sus memorias, construyendo así un legado significativo tanto en el arte como en la sociedad, además de su influencia como activista feminista. La araña, como toda instalación artística, está meticulosamente diseñada en cada uno de sus detalles, desde el bronce, material resistente a las inclemencias climáticas, hasta la bolsa que envuelve los huevos de mármol blanco, cuidadosamente elaborada. Sostenida en un equilibrio precario sobre sus largas y delgadas patas metálicas que representan fragilidad y al mismo tiempo se asemejan a una jaula y refugio protector para los huevos, la escultura transmite una vulnerabilidad casi conmovedora (Larratt-Smith, 2011).

La artista denomina a la escultura “Maman”, que en francés se traduce como “mamá” o “mami”, un término cariñoso con el que un niño se dirige a su madre. Según las palabras de Bourgeois, la araña representa a su madre y es una oda a ella (Bourgeois, 2011).

Esta escultura permite crear otra concepción de lo materno, pone en cuestión las idealizaciones que suelen acompañar esta experiencia. Lo disruptivo de la imagen, lo horroroso, para representar el vínculo más intenso y arcaico, en el origen del sujeto. La araña se presenta como un homenaje, *una oda*, a su madre, tal como la araña que teje y desteje las telas que hacen su historia, ponen de manifiesto la duplicidad de la naturaleza de la maternidad: la madre es protectora y depredadora al mismo tiempo.

Este ensayo propone una apuesta de lectura sobre aquella figura extraña que supone la madre interpelada por la ambivalencia. La misma será trabajada desde los aportes que brinda el psicoanálisis como aquel discurso que se orienta por el malestar en la cultura, en este caso, el malestar que presenta la maternidad.

## **DESARROLLO**

### **I. Salvajismo materno**

La casa o vientre se llena de aroma  
Y aunque es fruta itinerante  
Y no de huerta propia

Bastante bien parodia  
Aquella alquimia  
Cuyo secreto nunca me enseñaste  
Madre guardadora.  
(María E. Walsh ,2024, p.109)

En la obra de Freud, podemos trazar un recorrido desde el punto en que describe a la sexualidad femenina envuelta en una “oscuridad impenetrable” (Freud, 2012, p. 262). Desde *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905), advierte la claridad con la que se conoce la vida amorosa masculina siendo lo contrario para la mujer. Si bien pasó sus últimos años tratando de arribar a algunas conclusiones, toda su obra estuvo atravesada en dar luz a ese *Dark Continent*. Fue quizás en 1931-1932, años en los que se centró más en la relación madre-hija, donde tras vislumbrar las diferencias que acontecían en la niña y el niño por la diferencia anatómica de los sexos y los efectos en su teorización edípica, proclamó al vínculo madre-hijo como “primordial e inconmensurable”.

En *Sobre la Sexualidad femenina* Freud (2007) anuncia dos hechos novedosos: que “la intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada” (p.229). Se trata de algo anterior a la historia, entendido como una fase pre edípica. Como tal, “las marcas de este período son lagunosas y apenas reanimables, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada” (p.228).

En la *Conferencia 33: La feminidad*, Freud (2022) concluye con una afirmación nodal para el desarrollo de este trabajo, diciendo: “la fase de la ligazón pre-edípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer” (p.124). En este sentido, el epígrafe que dio comienzo al apartado, anuncia el misterio con el que una mujer se las ve con su madre. No porque algo “se lo guarde” sino porque subraya la complejidad y la dimensión inasible de lo materno -más allá de cada madre-, que parece inabordable en su totalidad.

Frente a los significantes que acabamos de resaltar en esta ligazón-madre, tales como “apenas reanimables”, “represión despiadada”, “primera e intensísima” e “inconmensurable”, podemos construir el estatuto que Freud ya otorgaba a este tiempo arcaico en relación a lo materno: un lugar aún desconocido, como dice Anne Dufourmantelle (2024), “una comarca todavía poco conocida, donde las palabras no han hallado la resonancia con la que habitualmente las revestimos (p.19)”.

Dufourmantelle (2024) nombra a ese lugar como *salvajismo materno*, un espacio prehistórico (no temporal) al que “solo es posible acercarse por defecto, en contornos, quejas y efectos” (p.19). Un espacio que antecede al Edipo y en el que se configura la matriz de todos los vínculos que el niño/a vaya a entablar después.

La autora delimita a lo materno como un espacio en el que toda madre es, en esencia, *salvaje*. Esta perspectiva desafía las representaciones tradicionales de la figura materna. Su propuesta busca no solo complejizar la función, sino también abrir nuevas vías de comprensión. El salvajismo materno no se trata de una forma de ser, sino que “designa un espacio psíquico en el que el sujeto no ha nacido aun realmente, en el que el deseo es convocado sin estar nombrado todavía (p.19)”.

Dicho salvajismo no es una cuestión moral, no se trata de una buena o mala madre. Tampoco de ninguna maldad situable en alguien, sino de un momento, un espacio, un gesto inaugural que funda la posibilidad misma del lenguaje, en tanto y en cuanto, la madre está atravesada por el mismo arcaico espacio materno del que el niño se alimenta y que la alimenta también a ella.

## II. Vértigo materno

Como hemos visto, es fundamental la diferenciación de la madre y de lo materno, siendo que no necesariamente se refieren a lo mismo. Para esto, es pertinente desarrollar, en primer lugar, la construcción de lo materno.

“Lo materno es el pasaje del susurro a la voz que vuelca al niño del lado del mundo y lo retiene (Dufourmantelle, 2024, p. 24)”, la madre aparece después. Su constancia y permanencia van delimitando pieles, cuerpos, lenguaje y voz. En el origen, como cuenta Freud (1986) a Fliess en su icónica *Carta 52*, contamos con un aparato psíquico, similar al del arco reflejo. Todas las sensaciones de este período, la sensación de calor, el contacto de la piel, una voz que genera ritmo en el llanto del bebé, un rostro, en fin, registros de una pura presencia se agrupan en un primer sistema llamado *P*. “Son neuronas donde se generan las percepciones a las que se anuda la conciencia, pero que en sí no conservan huella alguna de lo acontecido. Es que conciencia y memoria se excluyen entre sí” (p. 275).

El último párrafo de esa carta dedica una referencia al otro, prehistórico e inolvidable a quien recurrimos frente al vértigo o el espasmo de llanto. El vértigo o el espasmo pueden referirse a ese momento en que uno se encuentra paralizado, incapaz de solvencia alguna. Saber que ese *otro, prehistórico e inolvidable*, viene a escena al rescate, nos da la pauta de dos situaciones: la primera, que ese otro es previo a la constitución inconsciente, no está “olvidado”, reprimido, sino que aún no ha habido transcripción de esa huella. Segundo, podemos situar ese auxilio como lo que en el *Proyecto de psicología* Freud (1986) ubica como *experiencia mítica de satisfacción*, por lo que seguimos nadando en el espacio del salvajismo materno, marcando las huellas por donde el aparato psíquico no es sin el otro.

Ahora nos ocuparemos de *la madre*. ¿Cómo se inscribe su nombre en la constitución del sujeto? Al nacer, el bebé depende de la asistencia del otro, ya que no posee una batería de instintos que lo guíen en la naturaleza de sus actos. Esto demuestra que, gracias a la mediación del otro que satisface sus necesidades y le *habla*, este arco se interrumpe. En lugar de una batería de instintos, hay un vacío que se desvía hacia ese otro, quien traduce su llanto. Aquí se inicia lo que podría considerarse la entrada al laberinto, el circuito infernal de la demanda.

Es decir que, la asistencia de la madre no solo responde a las necesidades inmediatas del bebé, sino que permite la apertura de una zona de ternura y paciencia, delimitando la potencia que ese vínculo engendra. Es la madre con sus gestos dulces, quien suaviza las rasgaduras del mundo hostil, y a su vez, responde por sus propias marcas, ya que ese hijo produce, incluso, el haberse separado de su propia madre. En cierto modo, ese hijo responde a su castración.

El llamado, esconde el enigma que representa la falta que ese hijo es en la madre, el modo en que se solicitarán invitará a entender de qué modo ese bebé deviene su hijo. Hacer del grito un llamado, instala de una vez y para siempre, el hecho de que la demanda es demanda del Otro.

Además, vemos como lo imaginario se reúne con lo real permitiendo la experiencia del estupor del que nunca se vuelve por completo, articula una falta que nunca puede ser completamente colmada. Aquí se despliega lo que Lacan llama el “más acá del deseo”, donde la relación con el Otro, en este caso la madre, se vuelve ambigua y ambivalente.

Sin embargo, en esta dimensión, la madre como agente, también puede acercarse a un terreno peligroso: el riesgo de sofocar al niño al no permitirle separarse de esa primera relación de fusión. Es en este sentido que el incesto materno, como lo plantea Pommier (2024) hace referencia a:

Algo está ahí, en el corazón del amor, una suerte de duda que no desaparece; el

resultado es la repetición de una demanda incesante de reconocimiento nunca suficiente. En el fondo, es casi la regla de la humanidad común: la demanda de reconocimiento es

8

un gesto perpetuo porque nunca está adquirida sin el riesgo de caer al abismo (...) El incesto maternal es el menos teatral, destruye del interior y es destructor, aunque no cometa alguna violencia. A veces ni siquiera toca el cuerpo. Actúa en segundo plano silencioso, mortífero solamente dentro del corazón, sin huellas de golpes (p.32).

De esta manera, el incesto materno aparece como una amenaza inminente, ya que la madre puede convertirse en una figura de captura, donde la pulsión de muerte gana terreno, desdibujando los límites entre satisfacción y aniquilación subjetiva.

En la constitución del sujeto es interesante plantear que las separaciones entre aquel Otro que pulsiona a la vida y el niño refiere a procesos lógicos y no cronológicos, son complejos, cuyas marcas son posibilitadoras de una vida medianamente en libertad. La relación con el cuerpo de la necesidad está mediatizada por el lenguaje, es decir por las significaciones del Otro que significan el cuerpo y sus necesidades, dejan un vacío o un no retorno en la unicidad entre la necesidad y su satisfacción.

### **III. Distancias**

El niño que gorjea con sonidos juega e invierte el terror de su propio grito. Repite las sílabas y canta sus primeros poemas. Talla el grito en piezas. No apaga el fuego, sino que se calienta en él...toma un sonido para golpear sobre el otro y metamorfosea su mal en bien. ¡El peligro se convierte en un juguete!

Rompe el vértigo que gira entre boca y oído.  
Cuando el grito se divide y rima consigo mismo, el eco muere.  
(Pommier, 2024, p. 17)

La madre, al decir de Lacan, es el Otro omnipotente y arbitrario. Frente a la escena vertiginosa que representa para el recién nacido el encuentro con ese otro del auxilio, la confrontación al deseo del Otro produce angustia. Podríamos avanzar un poco más y establecer algunas articulaciones que tienen que ver con la angustia, concepto fundamental para el psicoanálisis. Lacan (2013) dice:

Pero tras esta omnipotencia, se encuentra la falta última de la que se halla suspendida su potencia. En cuanto el sujeto percibe, en el objeto cuya omnipotencia espera, la falta que le hace a él mismo impotente, el mecanismo último de la omnipotencia es remitido más allá, a saber, allí donde algo no existe en grado máximo. Se trata de lo que, en el objeto, no es sino el simbolismo mismo de la falta (p. 171).

Lo interesante a resaltar en esta referencia es que lo que se esconde aquí, es el deseo del Otro, “tras esa omnipotencia se encuentra suspendida la falta”, eso como tal es condición de la angustia. La pregunta es, ¿qué podemos rastrear al respecto en el decir de Freud?

En la *Conferencia 32* dice: “La angustia es como estado afectivo la reproducción de un antiguo evento peligroso, una señal de nuevo peligro” (Freud, 2022, p. 75). El ser humano se angustia frente a la inadecuación del objeto con la causa, es decir, que es el registro de la falta del Otro lo que precipita la angustia. La ausencia de la madre, investida intensamente en una huella mnémica que replica satisfacción, es invocada alucinatoriamente en su ausencia, y como la alucinación no produce satisfacción, esa señal de desvalimiento es la que produce angustia. Es decir, desvalimiento e inadecuación del objeto.

Carlos Quiroga en su libro *El dolor* (2022) nos ayuda a entender dicho proceso dando una concreta diferenciación entre dolor y angustia: “dolor es la verdadera reacción a la pérdida de objeto, y angustia, la verdadera reacción al peligro que tal pérdida trae consigo” (p. 85). Agrega que se puede encontrar dos tipos de angustia, una ligada a la indefensión y otra a la pérdida de amor de la madre.

9

Así, todo funciona a condición de que haya una distancia respecto de la madre, la cual deviene de un atravesamiento simbólico previo que instala el falo como enigma del deseo y, a su vez, como ordenador de la ausencia. En este sentido, la ausencia de la madre deviene peligro; pero al mismo tiempo es la posibilitadora de los progresos del desarrollo del niño y el aumento de su independencia, la emergencia de nuevas necesidades, entre otras cosas. El juego del niño *fort da* se hace sobre el fondo de la ausencia de la madre, por eso, la referencia de la frase extraída del libro de Pommier (2024) simboliza cómo todo accionar de la madre es un hecho simbólico, y cómo la palabra inviste el vacío, la angustia que conlleva la separación con la madre. Ese peligro que se convierte en un juguete, no es más que la metáfora en donde se juega la vida el sujeto.

Barros (2018) nos habla de que la vida es una sucesión de activas separaciones, que la conquista del bebé de pecho al mundo es en función de haber caído como objeto de la madre, es decir, una separación doble: un acto de separación. Toda separación implica la salida de una escena y siempre algo se deja atrás, algo cae. De lo que se trata es de ir despegándose de lo que uno ha sido para el Otro, lo cual no quiere decir que el complejo materno desaparezca, sino que el sujeto pueda hacer con eso, otra cosa.

Lo que Freud (2022) resaltaré en la *Conferencia 32* es que lo que se pone a jugar es la angustia a la pérdida de amor, que puede dilucidar como una continuación de la angustia del lactante cuando echa de menos a la madre, ya que muestra que la angustia es la que crea la represión. Lo decisivo en la angustia de castración es que haya una creencia, en que uno puede ser ese objeto que la madre desee. Que algo exterior amenace sólo tiene efecto en tanto y en cuanto esa pérdida valga la pena. La demanda de amor entonces, toca el punto de reconocimiento por ser el falo del otro.

Siguiendo a Quiroga, (2016) decimos que es la creencia lo que está en el origen de la constitución del sujeto, y que siempre está en relación con otro, es decir, *no hay creer sin el otro*. Y, por último, es interesante apuntar aquí, para retomar luego, que el creer es un don que replica aquel don de la falta realizada por la madre. Ese don es una pérdida que organiza el tiempo, el lugar y los espacios.

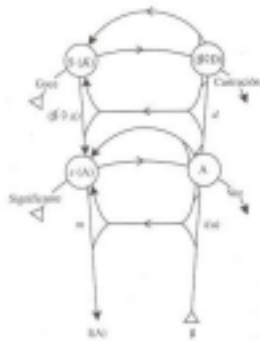
#### **IV. El laberinto del deseo**

“Es verdad que estamos de más, a menos que haya habido alguien,  
alguna vez, a quien hicimos falta”.  
(Barros, 2018, p.26)

Antes de concluir, quiero sumar una reflexión clave sobre lo expuesto. La afirmación de que “hicimos falta” nos lleva a un punto esencial: lo materno tiene que ver con aquello del cuerpo de la madre cedido al campo del Otro, su hijo es “carne de su carne” pero del modo real, no del modo metafórico. Para que la falta sea causa de su deseo, la madre ha de perder algo de sí. Dejando un vacío, a modo de incógnita, en relación a su deseo. Lacan (1969) en sus *Notas sobre el niño*, expone lo nodal de la relación madre-hijo en el hecho de que la maternidad le ofrece a una mujer la experiencia única de reconocer en el objeto de su amor la causa de su deseo. Y aquí,

para profundizar en el marco teórico, es necesario adentrarnos en cómo el deseo, en su complejidad, se inscribe en la estructura del sujeto para dar cuenta de la inscripción del inconsciente, es decir, la dependencia respecto del sujeto hablante con el significante. Así, hablar de sujeto implica hablar de su vínculo que mantiene con el Otro, -tesoro de los significantes- y el otro, -el semejante- relación que se desdobra y se expresa por primera vez en el esquema Lambda de Lacan. Si tenemos la premisa que el deseo es el deseo del Otro, ¿cómo impacta esto en la vinculación primaria madre-hijo?

10



En la enseñanza de Lacan, los modelos, esquemas y grafos tienen un papel fundamental en la estructuración teórica del análisis. El grafo del deseo, en particular, permite leer los movimientos del deseo, su apertura y las relaciones que surgen entre los elementos clave en un análisis. El grafo completo muestra la estructura del sujeto del inconsciente, que se articula no en términos cronológicos, sino lógicos, representando una anterioridad lógica entre los elementos. Lacan utiliza el término "bucle" para describir cómo estos elementos se conectan, refiriéndose a una repetición indefinida hasta que se cumpla una condición. El grafo es un esquema que nos permite asir de un modo más palpable los enredos que nos introduce la cuestión de lo materno y de la madre.

Para llegar al grafo completo, Lacan (1981) lo construye tramo a tramo, utilizando artificios de transmisión que permiten leer su despliegue. El alcance de este grafo radica en establecer las relaciones descritas en nuestro ensayo: el sujeto mítico de la necesidad, el atravesamiento de la demanda, el Otro (A) de la demanda y, el deseo como un más allá.

Comencemos con lo que Lacan llama la "célula elemental", el puntapié que dará el acceso al grafo completo. La particularidad de este grafo es que plantea la función del punto de capitón o de basta, que detiene el deslizamiento indefinido de la significación. Y, además, da cuenta del hecho lingüístico, del enunciado, compartiendo la lógica de la lingüística. Por último, dos vectores se cruzan retrógradamente, instalando las nociones de diacronía y sincronía.

Por función diacrónica entendemos que el término no cierra su significación hasta su último término. La temporalidad en juego es la anticipación y retroacción, cerrando la estructura en forma de bucle. En esta interacción, Lacan dice que se trata de una "interacción sellada", donde sellar implica tanto cerrar como dejar una marca, la cual queda como huella de la demanda del Otro sobre el deseo del sujeto. Termina en lo que aún no sería una identificación, sino simplemente una primera marca de que el sujeto ha sido afectado por su pasaje por el código y, por consiguiente, por el mensaje. "El sujeto recibió allí la primera signature de su relación con el Otro" (Lacan,

2023, p. 22). La sincronía, en cambio, nos dice que es más oscura, es la del tiempo sin tiempo (sin cronos). Lacan la vincula al origen, la metáfora primera. Aquí es cuando se produce lo que anteriormente hemos fricciónado, el grito del niño se convierte en un llamado: cuando el grito ya no es un signo, se vuelve significante.

Ahora, si miramos el esquema del grafo, ubicamos el punto de entrecruzamiento a la derecha, denominado A. Lacan lo define como “el tesoro del significante”, distinto del código, pues los significantes del tesoro requieren oposición entre sí, mientras que el código es unívoco. El otro punto de entrecruzamiento, s(A), se contrapone al mensaje según Jakobson. Lacan lo describe como la puntuación donde la significación se constituye como producto terminado. Esta puntuación es un tiempo de corte, no de duración, y subraya cómo el significante crea un agujero en lo real.

Este proceso resalta cómo, por efecto del significante y su papel en la demanda, se produce una pérdida radical —una “abolición”, en términos de Lacan— en el ámbito

11

de las necesidades. La pérdida recae sobre lo que Lacan define como un “objeto particular”, que en el ser humano se ejemplifica en la leche materna. En lugar de este objeto, el sujeto desplaza su demanda hacia la presencia de la madre. Sin embargo, la necesidad transformada en particularidad reaparece con un carácter lógico, manteniendo las huellas de la demanda. Estas huellas manifiestan la incondicionalidad característica de la demanda: ningún hambre limitará el amor, y la posición del sujeto hacia el Otro se establece de modo incondicional.

La sumisión del sujeto al significante, que se produce en el circuito que va de s(A) a A, para volver de A a s(A), es propiamente un círculo en la medida en que el aserto que se instauro en él, a falta de cerrarse sobre nada que no sea su propia escansión, dicho de otra manera, a falta de un acto en el que encontrarse su certidumbre, no remite sino a su propia anticipación en la composición del significante, en sí misma insignificante (Lacan, 1981, p. 318).

¿Qué nos dice acá? Que estamos dentro del circuito infernal de la demanda. La demanda, como tal, es una circularidad que no implica la forma de la salida. Lacan nos dice que la única salida es un acto que daría la posibilidad de certeza. Pero la lógica de ese acto es de un más allá de la demanda, más allá que ya conocemos como deseo. Lo que puede romper el círculo infernal de la demanda es, entonces, el acto correspondiente al deseo. El problema es que, como círculo que es, no da cuenta del *entre*. Entonces, el acto que logre quitar al sujeto de esta circularidad infernal debe apuntar el más allá de la demanda, vale decir, al deseo, el deseo de la madre.

Lacan ubica como una operación esencial a la constitución del sujeto el descubrimiento del no saber del Otro. Cuando introduce el Inconsciente se refiere a un inconsciente donde el Otro no aparece barrado, esto es un no saber para el sujeto; pero no coincide con el no saber del Otro en tanto el Otro no está barrado, supuesto previamente de que, como el sujeto se constituye en el campo del Otro, todos sus pensamientos son conocidos por éste. Cuando descubre que puede engañarlo en este preciso momento descubre que el Otro no sabe y para que el sujeto pueda constituirse, hace falta que pueda descontarse del saber del Otro.

Esta operación es crucial para avanzar al segundo piso, Lacan completa la topología destinada a situar la función del deseo en relación al inconsciente; sabemos que introducir la función del deseo es lo mismo que introducir al sujeto. Como vemos, la demanda en sí se refiere a otra cosa que a las satisfacciones que reclama; anteriormente vimos como la demanda de amor se define por una demanda de

presencia o de una ausencia, Lacan agrega (1981):

Cosa que manifiesta la relación primordial con la madre, por estar preñada de ese Otro que ha de situarse más acá de las necesidades que puede colmar. Lo constituye ya como provisto del privilegio de satisfacer las necesidades, es decir del poder de privarlas de lo único que se satisfacen. Ese privilegio del Otro dibuja así la forma radical del don de lo que no tiene, o sea lo que se llama su amor (p.284).

La función de la madre no radica en estar “preñada” del niño; una madre es quien está “preñada” del Otro para un determinado niño. El niño percibe que el lenguaje todo está “en” la madre. Es por este motivo que a ese lenguaje se lo llama “lengua materna”, ya que se la supone “de la madre”. Lo que el niño demanda al Otro, en relación con sus necesidades, no es la satisfacción sino la presencia de ese Otro que ha de situarse *más acá* de las necesidades que puede colmar.

El Otro cuenta con el privilegio de satisfacer las necesidades; es decir, cuenta con el poder de privar a las necesidades de lo único con que se satisfacen con la presencia y no con el objeto. Ese privilegio del Otro dibuja la forma radical del don, de lo que no tiene lo que se llama “su amor”.

Antes de avanzar, es fundamental retomar la insignia que el sujeto adquiere en la primera inscripción de su relación con el Otro, ya que esta constituye el punto de partida

12

que se despliega en un segundo momento en el análisis del grafo. Observen que, en el esquema presentado, el recorrido inicia con un \$ y concluye en un I (A). La fórmula I(A) sugiere la apropiación de un significante del Otro, que al ser separado y asumido como el Uno (I), confiere al Otro (A) una omnipotencia percibida, la omnipotencia que atribuimos a quien ocupa el lugar del Otro. Como señala Eidelsztein (1993): “Me refiero a que podemos tomar al “I”, ya no como la primera letra de la palabra “ideal”, sino como el 1 de los números romanos, el “I” como Uno del Otro, I [1] de (A)” (p. 88).

La identificación primaria, así entendida, está fundada en la lógica de la alienación. Lacan ubica en el grafo el punto del yo ideal, que funciona como falo imaginario, y el ideal del yo, que introduce la diferencia con el falo, permitiendo que el niño no sea el falo de la madre. Freud (1986) plantea que la comparación entre el yo actual y el ideal introduce la diferencia que hace que el niño no sea el falo de la madre. Este yo ideal debe aparecer descompletado en su diferencia con el ideal.

Adviertan que en el grafo 2, al vértice que, saliendo de \$, en su primer punto de encuentro Lacan lo llama i(a), se trata de la imagen del otro. El \$ se enfrenta, entonces, con dos ideales del Otro: I(A) e i(a): insignia de la omnipotencia del Otro, e imagen del otro. Si el sujeto intenta escapar a la alienación primera - la del significante- se topa como recurso con la imagen alterada del otro.

Ahora podríamos ver otro circuito infernal, lo que caracteriza a la significación - cuando está estabilizada por la metáfora paterna- es que siempre remite a otra significación. Es aquí -afirma Lacan- que se constituye un circuito que sale de s(A) hacia A, de ahí baja hasta i(a), de ahí va al moi (m), y desde ahí se eleva para retornar en forma de círculo, a la significación del Otro, s(A). Esta dialéctica identificatoria conduce, entonces, a la petrificación propia del ideal del Otro -es el cortocircuito- o, si no -atrapado el sujeto en la dialéctica significante-, a la metonimia incesante de la significación. El sujeto, entonces, queda atrapado en la dialéctica de la identificación en el uno, o es víctima de un desplazamiento infinito de la significación

Cuando Lacan habla del deseo del Otro, dice que es el deseo de la madre, lo que requiere una metáfora para evitar su potencial mortífero, ya que el amor materno conlleva un peligro incestuoso. El sujeto barrado en relación con la demanda implica

tanto demanda como pulsión. Las pulsiones y zonas erógenas se constituyen en relación con la demanda y su relación con las zonas de goce. El deseo surge como resto de la demanda oral, anal y de amor.

El deseo se muestra en el margen donde la demanda se desgarrar de la necesidad: un margen que no puede ser incondicional, sino dirigido al Otro. Este margen deja ver el vértigo, el capricho que introduce el fantasma de la omnipotencia del Otro, lo que requiere ser refrenado por la Ley (Lacan, 1981, p. 325).

Las pulsiones de vida se tramitan inconscientemente mediante los significantes, a diferencia de la pulsión de muerte, que insiste sin encontrar su deriva inconsciente. El deseo, como resto entre demanda y pulsión, está sostenido en el fantasma, donde el sujeto tachado se relaciona con un objeto, el "a". Esto refleja la identificación al ser en el fantasma, no al rasgo ni al nombre, sino a lo que se es en el fantasma. Un sujeto dividido por esta identificación en una relación de desconocimiento.

La significación del Otro cambia con la castración: ya no es un signo de arbitrariedad, sino un significante del Otro en falta, afectado por la operación de la castración. S(A).

Este más allá del Otro implica un más allá de toda demanda, porque no se localiza en ninguna línea, sino en las entrelíneas. Así también vemos que la pregunta *¿Che vuoi?* está entre líneas, mientras que el fantasma, se localiza como el tapón que cierra la apertura. El grafo 3 es el que, teniendo forma de signo de pregunta (?), indica la función de la pregunta como tal, no el contenido de ninguna pregunta.

Ahora bien, el discurso del Otro funciona aquí como inconsciente del sujeto. Aquí podemos anotar lo que en la significación del falo (1981) empieza a perfilar el

13

descubrimiento de lo que se articula en el inconsciente, a decir "el falo entendido como significante, destinado a designar en su conjunto los efectos del significado (p. 284)", es decir, aquello que divide al sujeto (spaltung).

Hay pues una necesidad de que la particularidad así abolida reaparezca más allá de la demanda. Reaparece efectivamente más allá, pero conservando la estructura que esconde lo incondicional de la demanda de amor. A lo incondicionado de la demanda, el deseo sustituye la condición absoluta: esa condición desanuda en efecto lo que la prueba de amor tiene de rebelde a la satisfacción de una necesidad. Así, el deseo no es ni el apetito de la satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su hendidura. (spaltung) (Lacan, 1981, p. 285).

El deseo, como tal, implica el residuo que queda de la diferencia estructural entre necesidad y demanda. En la constitución de nuestro trabajo, hemos desarrollado la conexión que une la angustia con el deseo. Para entender esta dinámica, es importante retomar el Seminario de *La angustia* (2023), en el cual Lacan define la angustia como el primer signo de subjetivación. Este es el punto en el cual el sujeto enfrenta el riesgo de anularse o disolverse ante el deseo del Otro, quedando en una posición de objeto. Lacan utiliza la metáfora de la mantis religiosa para ejemplificar cómo esta angustia surge ante el deseo arbitrario del Otro, donde el sujeto queda en la incertidumbre de no saber qué es para ella. Esta referencia al deseo del Otro lo sitúa en el terreno del capricho, y el sujeto, al someterse a este capricho, se ve desplazado hacia el lugar de objeto. Sin embargo, la figura de la mantis ofrece un "paso más" en la salida hacia el afuera: si la angustia emerge, es porque existe la posibilidad de alejarse y formular la pregunta "¿qué me quieres?", marcando una salida del dominio de la Mantis.

Inspirado en esta idea, propongo la hipótesis de pensar en la figura de la araña como metáfora de la vinculación materna. La imagen de las patas de la araña a punto de cerrarse, sin llegar a tocarse completamente, sugiere una oscilación entre el sujeto y el Otro en la cual se abre un margen de posibilidad. Este espacio, apenas permitido por el leve hueco que dejan las patas, permite que la angustia se deslice, habilitando al sujeto en su devenir y ofreciendo una posibilidad de salirse de las patas de la araña mediante la pregunta sobre el deseo del Otro.

Cuando el niño plantea la pregunta sobre el deseo del Otro, emerge la angustia, que Freud y Lacan asociaron a un “tiempo primero”, donde el deseo del Otro era vivido como arbitrario, sin réplica que lo contrarrestan. La pregunta “¿qué quiere el Otro?” revela dos aspectos: primero, un tiempo imaginario primordial, y segundo, una distancia del sujeto respecto a ese tiempo originario que ya no se repite.

A modo de cierre para este apartado, podríamos decir como la escultura pudo pasar de lo puramente salvaje del lenguaje materno, del Otro sin barrar, a la figura ambivalente de una araña, como una oda a su madre. El trabajo de la artista, producto de su propio análisis, permitió reeditar ese primer momento prehistórico que, al no haber lenguaje, Bourgeois encontró una escultura.

## **REFLEXIONES FINALES**

(...) Si me permitiese ilustrarlo con una imagen, la tomaría fácilmente de lo que en la naturaleza más parece aproximarse a esa reducción a las dimensiones de la superficie que exige lo escrito, y que ya maravillaba a Spinoza: el trabajo de texto que sale del vientre de una araña, su tela. Función en verdad milagrosa, cuando vemos dibujarse, desde la superficie misma que surge de un punto opaco de ese extraño ser, la huella de esos escritos donde asir los límites, los puntos de impasse, de sin salida, que muestran a lo real accediendo a lo simbólico.  
(Lacan, 2015, p. 113)

Siguiendo la premisa de la que partimos, la madre, interpelada por la ambivalencia -es decir, monstruosa y conmovedora al mismo tiempo-, Lacan propone, en el Seminario 20 (2015), ilustrar la alegoría del misterio del ser hablante con la imagen de la araña: del vientre de un ser extraño y oscuro parten los hilos que tejen la trama de cada quien. Si bien este seminario se encuentra más alejado de los que hemos estado trabajando, esta referencia resulta útil para pensar la trama que hemos ido desarrollando a lo largo del ensayo, dado que el insecto en cuestión tiene la particularidad de secretar (o perder) una sustancia que dará consistencia al primer hilo desde el cual tejerá el resto de la tela.

La tela bien puede figurarse como una superficie, y la urdimbre, como una escritura en la cual se observan irregularidades, imperfecciones, que pueden asimilarse a los puntos de impasse, de límite, de sin salida “de lo real accediendo a lo

simbólico”. Incluso podemos ubicar en el tejido las uniones de los hilos en forma de pequeños nudos que cercan lo real del vacío configurando un sostén; el tejido que comienza cerca del núcleo, es lo que da resistencia y fortaleza y lo que contiene la información de lo que será el patrón de su red.

Borges (2018) destaca que en los laberintos existe un centro, una arquitectura que los distingue del caos absoluto. Esta estructura ofrece una salida, sugiriendo que, a pesar del temor de estar perdidos, el laberinto encierra una esperanza. Aunque ese centro sea tan terrible como el minotauro. A partir de esta referencia, considero interesante preguntarse si el grafo del deseo es un modo de estructura laberíntica, donde al modo de una telaraña van dibujando los caminos por los que transita el deseo. Massimo Recalcati (2018) señala que la figura materna:

Sea imperativa, obscena, o por el contrario indiferente, fría y mortal, demasiado distraída, sea que se atiborre o que pase privaciones, que dispense cuidados o desdenes, con sus rechazos o con sus regalos, la madre es para el sujeto una figura de sus primeras angustias, la sede de un insondable enigma, de una amenaza oscura (Recalcati, 2018,p.75).

Podríamos pensar que la madre es la entrada al laberinto y es la razón por la cual no sucumbimos a esa nada inicial, al caos indiferenciado, sin importar que tan terrible podría ser ese centro.

En este sentido, nos atrevernos a decir que el ombligo del cuerpo sería como aquel punto inicial que nos marca, nos deja cicatriz, del primer (des) encuentro con el Otro, el primer lazo social. Primero, fue el médico quien cortó el cordón umbilical que nos conecta con el todo materno, y luego, en el mejor de los casos, es el padre, pero sobre todo es el deseo de la madre por el padre -por un más allá-, lo que interdicta entre la madre y el hijo. Esta cicatriz, este primer punto del tejido, muestra un vacío, algo inaccesible, pero con una fuerza tal, capaz de que todo se edifique en torno a ella.

Sin embargo, este vacío, ¿se puede pensar como un vacío laberíntico, que va tejiendo redes, como la araña que despliega caminos por los que transita el deseo, o es un vacío que simplemente es inaccesible, un vacío sin forma ni estructura?

En la *ética del psicoanálisis*, Lacan (2013) nos habla de un tratamiento sobre el vacío en el modo en que los hombres son artesanos para rodear la cosa. La cosa es lo

15

que de lo real padece el significante. Entre lo inaccesible de lo real y la materia significante está la creación.

Es así que lo materno puede ubicarse en ese lugar, con un estatuto más real que simbólico, porque no se trata ya del lugar de la palabra y del lenguaje, sino también de lo inaccesible para el significante. La cosa, en dicho seminario, aparece como aproximación conceptual al registro de lo real. La cosa es lo perdido por el lenguaje, lo que se instituye como imposible por el hecho de hablar. “La cosa arde de un goce que excede a la representación” dice Quiroga (2018, p.96), es aquello, como dijimos, en lo que se tiene que tener cierta distancia para no quemarnos, para que la realidad del mundo y las leyes de la palabra que lo constituyen se sostengan.

De lo que estamos hablando aquí es del deseo de la madre, aquel deseo incestuoso que no marca diferencia, sino que oprime al sujeto. Que la madre ocupe el lugar de la cosa, del Das Ding, implica que sobre ella “recaiga el ser de un polo de atracción y repulsión” (Barros, 2018, p.70). ¿Es el deseo de la madre mortífero? ¿O es la salida, el posibilitador de la condena neurótica, la estructura que dibuja el grafo del deseo? Y entonces, ¿podríamos pensar que el deseo materno puede ser aquello que envuelve, a modo que una telaraña encapsula su presa? Como dice Pommier (2024) “El incesto maternal es el menos teatral, destruye del interior y es destructor, aunque

no cometa alguna violencia. A veces ni siquiera toca el cuerpo. Actúa en segundo plano silencioso, mortífero solamente dentro del corazón, sin huellas de golpes” (p.32).

Es así que el don que la madre puede otorgarle a su hijo deriva de la posición que la madre tenga respecto de su castración, es decir de creerse o no el falo de su madre, a saber, ese objeto que puede colmar la falta en ella. La prohibición concierne a la madre ante todo como cuerpo, un cuerpo real, una cosa, por demás inaccesible en virtud de esa prohibición. Pero, ¿para qué está la prohibición si no es para transgredirla? El incesto es absolutamente imposible, pero justamente ese es el punto. Sin la apariencia de la prohibición que nos otorga el padre, estamos obligados a perseguir el imposible del incesto. La prohibición del incesto tiene que ver con inscribir la prohibición.

La pregunta que surge es si, a partir de lo desarrollado, podemos trazar una diferenciación clara entre el deseo materno y el deseo de la madre, y analizar cuáles son los efectos específicos de cada uno en la constitución subjetiva del individuo. ¿Cómo se articulan estos deseos y en qué medida determinan la posición del sujeto en relación al Otro y a su propia estructura de deseo? Si lo materno remite a un tiempo arcaico, a un registro salvaje anterior a la inscripción en el lenguaje, y la madre simboliza el lugar de la demanda, inscrita en lo simbólico, ¿qué papel juega esta distinción en el proceso de subjetivación? Es necesario preguntarse cómo estas dinámicas influyen en la posición fálica del sujeto, que ordena y organiza el resto de sus identificaciones y deseos. ¿De qué modo la madre como figura ambivalente, entre lo imaginario, lo simbólico y lo real, define el mapa por el cual transita el deseo y se edifica el sujeto?

La provocación de la artista en poner a la araña en la entrada del museo hace jugar la idea de desacralizar la figura materna y ponerla a funcionar en los avatares de su ambivalencia; ya no es un objeto muerto en el museo, un objeto que horroriza, sino un enigma. El hecho de poder recorrer la araña, entrar, salir, observar desde diferentes ángulos, permite tomar a la madre ambivalente, hacerle cosquillas y volver a jugar. En otras palabras, descompletar lo mortificante del deseo de la madre, es un modo de castración y así llegar hacer una metáfora. A condición de lo que venimos desarrollando, esta obra permite ir más allá de la madre del susurro.

En el desarrollo de este trabajo, han surgido interrogantes que, si bien superan el enfoque principal, abren caminos prometedores que quedan esbozados en varias líneas de este ensayo. Uno de estos temas es la función paterna en la estructura del deseo, un aspecto que trasciende los límites de este escrito (TIF), pero merece una exploración más profunda. Comprender cómo la presencia o ausencia de la función paterna configura y redefine la trama del sujeto es esencial para un análisis más completo de la constitución del deseo y su impacto en la estructura psíquica.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- Barros, M. (2018). *La madre*. Olivos: Grama Ediciones.
- Borges, J. S. (16 de junio de 2018). *YouTube*. Obtenido de Red Filosófica Uruguay: <https://www.youtube.com/watch?v=arlrBUwmHws>
- Dufourmantelle, A. (2024). *El salvajismo materno*. Buenos Aires: Nocturna.
- Dufourmantelle, A. (2022). *La mujer y el sacrificio*. Buenos Aires: Nocturna.
- Eidelsztein, A. (1993). El grafo del deseo. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Freud, S. (1986). *Obras completas tomo I: fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). *Obras completas tomo I: Proyecto de psicología (1950 [1895])*.

- Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). *Obras completas tomo XIV: Introducción al narcisismo (1914)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). *Obras completas tomo XX: Inhibición síntoma y angustia (1926[1925])*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931). *Obras completas tomo XXI: sobre la sexualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2022). *Obras completas tomo XXII: nuevas conferencias sobre introducción al psicoanálisis (1933[1932])*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1981). *Escritos 1. La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo en el inconsciente (1960)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013). *Seminario 4, La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2023). *Seminario 10, la angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015). *Seminario 20, Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Larratt-Smith, C. P. (2011). *Louise Bourgeois: el retorno de lo reprimido*. Buenos Aires, Argentina: Fundación Proa.
- Pommier, G. (2024). *Incestos, la raíz cúbica del crimen*. Buenos Aires: Granica.
- Quiroga, C. (2022). *El dolor. Problemas y vicisitudes*. Buenos Aires. Facultad de ciencias sociales.
- Recalcati, M. (2018). *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*. Buenos Aires: Anagrama.